

aunque sientas, que es mejor,  
todo tu atraco de ciencia.

Conque ojo alerta y gran tino,  
tras la piedra, saca el brazo,  
no se encuentre un estacazo  
del motejado vecino.

Con su prosa  
pegajosa,  
la costumbre  
de un lugar;  
imposible  
remediarla  
por ser vicio  
secular.

Ese empeño  
es un sueño,  
de increíble  
corregir;  
y verase  
indeseado,  
si persiste  
redimir.

Arsénico.

Acaba de editarse el libro de POESIAS  
REGIONALES titulado

ALMA CAMPESINA

DEL  
POETA SOTOMAYOR

Al precio de cinco pesetas ejemplar se  
vende en la librería de José Martínez Pérez,  
San Agustín, de esta Ciudad y en la  
Editorial Pneyo, Arcañal 6, Madrid.

## DE AGUILAS

Acabo de llegar de Cuevas.  
Traigo en la mano dos libros.  
Tienen el mismo título; son del  
mismo autor, y de la misma ca-  
sa editora.

Muchos creerán que no tiene  
objeto poseer dos libros iguales.  
Iba a decir completamente igua-  
les, pero esto no es exactamen-  
te verdad.

Son iguales, sí, en su aspec-  
to exterior y hasta en la mate-  
ria objeto del libro, pero hay un  
detalle que los hace ser distin-  
tos. Uno de ellos me ha sido de-  
dicado por el autor. El otro li-  
bro lo he comprado yo voluntaria-  
mente, después, en nuestro ba-  
zar. Llamo «bazar» a esa tienda  
que todos conocéis; a esa tienda  
donde podéis entrar a que os  
pongan unas suelas de goma; a  
comprar una obra científica o li-  
teraria; una fina vajilla, o a que  
impriman un libro tan bello co-  
mo los que traigo entre las ma-  
nos. Bello para todo el mundo y  
más bellos todavía para los hi-  
jos de Cuevas. Se titulan «Al-  
ma Campesina». Su autor es el  
poeta Sotomayor, que como ya  
he dicho, ha tenido a bien de-  
dicarme un ejemplar. Correspon-  
do a la dedicatoria tratando de  
leerlo inmediatamente. No co-  
nozco ninguna de las composi-

ciones del libro, ni siquiera la  
que dice haberme también dedi-  
cado. Subo impaciente a casa pa-  
ra cumplir cuanto antes mi pro-  
pósito. Me sale al encuentro mi  
nena pequeña. Tengo varias.  
Siempre que regreso, mi nena  
pequeña me dice: Papá, ¿me traes  
una cosa? Yo le contesto siem-  
pre: no; no había. A otro via-  
je te traeré lo que tu quieras.  
¿Qué quieres que te traiga? le  
pregunto. Otras veces me pidió  
una muñeca, un caballo, una  
caja... Esta vez traigo en la ma-  
no los libros del poeta Sotoma-  
yor. Mi nena me ha pedido «un  
espejo», como ella dice, que-  
riendo decir un espejo. Le digo  
que bueno y se marcha.

Comienzo a cortar las hojas del  
libro y voy leyendo, más bien  
bebiendo, una tras otra todas  
las poesías conforme se suceden;  
como si fueran copitas de sabro-  
so néctar. Todas me gustan co-  
mo si fueran copitas. Llega el  
turno a «Presumida», dedicada a  
la niña María Mulero. No sé si  
el título, la niña y la poesía  
tendrán alguna relación. La leo;  
me la bebo también. Al termi-  
nar de leerla llamo sin darme  
cuenta a mi nena pequeña. Vie-  
ne. Oye, nena, le pregunto: ¿pa-  
ra qué quieres tú un espejo? La  
contestación me deja un momen-  
to pensativo. Coincide exacta-  
mente con la poesía. Me ha di-  
cho: «lo quiero pa mi alma». Mi  
nena no es presumida. No pue-  
de serlo por que aún no cuenta  
los cuatro años. Seguramente la  
niña María Mulero no es presu-  
mida tampoco. Hice mal supo-  
niendo unidad entre título, niña  
y poesía.

El poeta habrá escrito acaso  
esa poesía haciendo vibrar su li-  
ra al eco de otra respuesta in-  
fantil. ¿Por qué en tan tierna  
edad hay un pensamiento tan  
firme y tan unánime de poseer  
un espejo? Seguramente es por  
que la mujer es mujer desde que  
nace. Desde que nace es en esen-  
cia, presencia y potencia, presu-  
mida. Presumida de ser guapa;  
de que ha de gustarla un hom-  
bre. Por eso quiere, instintiva-  
mente un espejo; para mirarse  
guapa; para convencerse de que  
es hermosa o para tratar de pa-  
recerle si se considera mediana  
nada más. En unon otro caso,  
soñar la esperanza de la vida.  
La eterna historia del niño clé-  
go; la del príncipe de cuentos  
y princesas encantadas, que vi-  
vo latente en su persona desde

que nace; que es innata en su  
alma. Deberíamos haber dicho en  
nuestra alma, generalizando, por  
que el hombre es también un  
poco presumido.

Lo mismo que esta poesía a  
que me refero, todas las de nues-  
tro poeta; nuestro por que can-  
ta nuestra tierra, por que nos  
canta a nosotros mismos; todas  
encierran un algo que las dá vi-  
da. Un algo que nos conmueve  
por que todos lo sentimos y solo  
él sabe expresarlo en esa forma lí-  
rica que tanto nos emociona.

Yo no haré la crítica del li-  
bro, que ya ha sido hecha. No  
poseo tampoco condiciones para  
ello, y si me he atrevido a tra-  
zar estos renglones, ha sido por  
esa extraña coincidencia de pe-  
dirme mi nena un espejo con las  
mismas palabras empleadas por el  
poeta en ocasión de traer sus li-  
bros en la mano. ¿Casualidad?  
¿Telepatía? ¿Magnetismo personal?  
¿Ilusión?... ¿Misterio!

Tú lector lo dirás. Son muchas  
poesías y somos muchos lectores.  
Cada uno podremos referir un ca-  
so de vida de una poesía.

El mío expuesto queda.

Alberto Collado.

## Partagás y Tagarnina

### DIALOGO DE CAFE

Ruido de cucharillas, vasos y  
platillos. Humo de tabaco. Trueno  
difuso de multitud.

Un rectángulo de marmol. Dos  
copas con café situadas en flan-  
cos opuestos. Dos cigarros encen-  
didos (un orondo partagás y una  
sarmentosa tagarnina) disparándo-  
se mutuamente bedijas de humo,  
desde dichas «posiciones» opues-  
tas como dos cañones enemigos,  
ambos sostenidos en la cureña de  
unos dedos, blancos y ensortija-  
dos Partagás, y rudos y callosos  
Tagarnina.

Comienza el tiroteo:

— Os venceremos, amiga mía.  
Porque nosotros somos la quietud,  
el orden, la paz, apetecidos por  
la mayoría de los españoles.

— ¡Alto ahí! Vuestro «orden»  
es orden de cuartel, o si quieres,  
de código penal; vuestra paz, la  
paz del exolavo; vuestra quietud,  
la inmovilidad de los muertos.  
Vuestros argumentos catequistas,  
el manser o el presidio. No os  
canséis; la mayoría del país os  
detesta. No quieren vuestra paz  
ni vuestro «orden».

— Ya lo sé. Los tuyos quie-  
ron la revolución violenta, sin

acordaros de que en vuestras pre-  
dicaciones sois los primeros en  
ofrecer la fraternidad como fin  
de fiesta...

— Porqu no nos dejáis implan-  
tarla desde el principio. Dema-  
siado sabéis vosotros que nuestra  
agitación espiritual no es volun-  
taria ni inherente a nuestro ideal,  
sino consecuencia de vuestro tra-  
bajo subterráneo de descomposi-  
ción social vosotros sois el torpe-  
do; nosotros, la columna de agua  
producida por la explosión...

— Déjate de frases. Nosotros so-  
mos la Ley, que, por disponer de  
la Justicia, naturalmente posee  
la fuerza, no subterránea, sino a  
la flor del Poder. Y, no obstan-  
te, huímos de la conmoción. Ya  
ves si tenemos bien ganada, la  
gobernación del país, hasta en el  
aspecto sentimental. ¿Revolución?  
¡Jamás! Esa sí que sería la des-  
composición y la ruina del país.  
Antes que permitirle, nos unire-  
mos todos los elementos del «or-  
den» en bloque gráfico para  
disputar la el terreno patino a pu-  
mo. Lo exige así el verdadero pa-  
triotismo, es decir, el verdadero  
amor al pueblo, que, aunque tú  
no lo creas, Tagarnina, está con  
nosotros.

— ¡Bravo! Ese párrafo lo has  
copiado de El Debate o del A. B. C.  
Pero se me ocurre una pequeña  
observación: para demostrar ese  
horror a las conmociones violentas,  
ese sublime patriotismo y ese  
santo amor al pueblo, hay un  
medio sencillísimo, convincente y  
sobre todo cristiano, mucho más  
cristiano que el de la barricada  
épica...

— ¿Cuál?

— Llamar a capítulo al pue-  
blo trabajador, ese paciente pa-  
gano de los impuestos, cargas,  
gravámenes y carestías que vuesa-  
tra política viene lanzado sobre  
él, para decirle: Amado mío: Por  
si lo que piden algunos disidentes  
en sus diatribas contra la «eme-  
y sus baladas a lo «erre», es el  
Poder, aquí lo tenéis si os con-  
denáis... que os condenéis. Todo  
antes que rigdonear con la po-  
licía...

— ¡Qué barbaridad! ¿Entregar  
el Poder a las hordas revolucio-  
narias?

— ¿No lo han detentado hasta  
ahora las hordas caciquiles? ¿Es  
que puede haber hordas más fu-  
erzas para España que las vuesa-  
tras? Basta observar la presente  
situación moral política y econó-  
mica del país para desear ardien-  
tamente la abolición de las cau-  
sas que la originaron. Las cau-